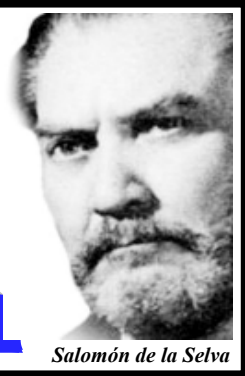


Rubén Darío

Sección Literaria



Salomón de la Selva

Renacer de España en la generación del 98

Valentín de Pedro

Eso sería lo indicado si se tratara de escribir una novela, pero se trata de la vida de Rubén Darío y hemos de atenernos a la realidad, y la realidad es...

Si en literatura ama Rubén el artificio, o por lo menos lo amó en la hora en que inició la renovación de las letras castellanas, con toda esa exteriorización teatral grata al modernismo de primera mano, y de la que él supo despojarse a tiempo, en el amor prefirió siempre lo natural, la belleza sin afeites ni sofisticaciones. Recordemos a aquella Domitila de Santiago de Chile...

Verdad que en su camino encontró Darío a la que fue su musa perfecta, a la que amó por su belleza física y espiritual; pero se la arrebató la muerte, y Stella quedaría brillando en lo alto de su cielo, sin posible reencarnación en la tierra. Y antes y después, fue el amante pagano de la belleza, cuyo lírico entusiasmo exaltaba a veces su deseo hasta el paroxismo. Si bien esta vez no fue una Domitila cualquiera la que hizo hervir sus venas. Se trataba de una muchacha campesina, pulida apenas por el aire de la ciudad. Una moza garrida de diecisiete primaveras, por cuya castidad bien podía convertirse en su musa. Es como aquella musa del marqués de Santillana:

*Moza tan fermosa
non vi en la frontera
coma una vaquera
de la Finojosa.
Mas él no la encontró
faciendo la vía
del Calatraveño
a Sancta María...*

La encontró en la casa de pensión de la calle Mayor donde se alojaba, y adonde ella vino del pueblo natal a prestar sus servicios. Se llamaba la muchacha Francisca Sánchez. Fue un amor en el que, al menos por parte de ella, no pudo haber literatura, puesto que no sabía de letras. Fueron el hombre y la mujer, o para decirlo al gusto mitológico del poeta, el sátiro y la ninfa.

Firmó Darío su primera correspondencia desde Madrid para La Nación de Buenos Aires el 4 de enero -1899-; el 18 de noviembre del mismo año, tras haber en-

viado otras muchas sobre diversos aspectos de la vida madrileña, escribe la que titula "Fiesta campesina". Comienza así: "*Un hombre del campo me invitó hace pocos días a ver la fiesta de su aldea, en tierra de Avila. Se trata de un lugar llamado Navalsauz, a algunas leguas de la vieja ciudad de Santa Teresa. Navalsauz es el pueblo donde ha nacido y se ha criado Francisca Sánchez, y ella es quien en la narración figura como "un hombre del campo". Cuando va con la amada de camino por tierras de Avila, dirá que ha visto, "bajo el más puro azul del cielo, pasar algo de la dicha que Dios ha encerrado en el misterio de la Naturaleza". Y llegando al pueblo, vive allí "en plena pastoral". Sus impresiones de aquellos días para él idílicos, en las que vive en comunión con la naturaleza y con la belleza, han quedado en esa crónica. Poco después, de vuelta en Madrid, Rubén Darío fue a vivir, en un segundo piso de la calle del Marqués de Santa Ana, con Francisca Sánchez. De este modo constituyó Darío su hogar en la capital de España, con la mujer que había de acompañarle ya para siempre en el resto de sus días. Y, al constituirlo, decía sentirse muy gozosamente vecino de Madrid.*

Pronto un hecho comprobará que, vecindado en Madrid, hace causa común con los escritores españoles -los jóvenes, los nuevos- que responden a su sensibilidad y participan de sus ideales estéticos. Se anuncia un homenaje nacional a don José Echegaray. Don José Echegaray ha sido el árbitro de la escena española en las últimas décadas. Sus obras se aplaudieron con frenesí, pero su teatro es todo efectismo y gesticulación. Por ser acaso la cabeza más visible -literariamente- de un pasado inmediato contra el cual se revuelve la nueva generación, es el que mayores indignaciones provoca entre los jóvenes iconoclastas. Y, al anunciarse el homenaje nacional al autor de Mancha que limpia, aquellos, cuya cabeza más visible es la de Ramón del Valle-Inclán, lanzan un manifiesto de protesta, que es un grito de combate. Rubén Darío pone también su firma al pie de ese manifiesto.

Su juicio sobre Echegaray quedó estampado en una crónica que escribió en Buenos Aires -La Nación, 12 de junio de 1897-, a raíz de la primera actuación de María Guerrero en el teatro Odeón de la capital argentina. Decía en ella: "Y, ¡prodigio genial!, esta hada ha logrado crear un alma pasajera, y vida y carne y sangre a las marionetas atormentadas que forman la humanidad de caucho del señor Echegaray".

Además, este artículo tenía algo de proclama dirigida a los jóvenes escritores españoles, que le nació del alma en presencia del arte de María Guerrero. Se presentaba María Guerrero en el Odeón con La dama boba, de Lope, y él entró al teatro.

"Y, al aparecer María Guerrero en la escena -escribió-, he entrevisto la resurrección de España. ¡Oh, Dios! La adorable rica-hembra, con su traje esponjado, renovado de Velásquez, como una gran rosa viviente, sonriendo con una sonrisa dueña de las más lindas perlas, haciendo relampaguear la negra mirada de sus dos ojos españoles bajo la fina peluca rubia, irresistible de gracia en su gestear encantador, y en su voz armoniosa y vibrante la música de Lope, el hechizo arcaico de la obra pura de España grande... No; esa España no ha muerto: está dormida. Esa España pobre, lo está porque ha olvidado los diamantes que guarda en sus viejas arcas. Esa España está enferma por su perpetuo encierro, porque no sale de su casa de piedra secular, a respirar el aire libre, a ver la luz nueva... Poned sangre nueva en ese pálido cuerpo; haced que se mueva ese organismo, dad alimento al flaco león. Y ya veréis si no saludamos a una España joven y triunfante. Asomaos, españoles, sobre los Pirineos, ved el hervor de los pueblos extraños, aprended los ejercicios de las naciones que avanzan; vuestros músculos volverán a su fuerza antigua y vuestra lengua será oída por el mundo... María Guerrero ha volado sobre el cerco patrio y ha ido a aprender los secretos del arte extranjero; y se ha asimilado lo ajeno que no tenía el arte suyo y ha quedado españolísima..."

Es como si se estuviera viendo en ella. Y a continuación ex-

clama: "¡Ah, si los escritores españoles siguieran el ejemplo de su gran actriz!..."

Y he aquí que a los dos años de escrito esto, puede comprobar en Madrid, donde por cierto vuelve a admirar a María Guerrero, que hay una ardiente juventud española en un todo de acuerdo con estas palabras suyas, y que por eso al llegar él se ha puesto a su lado, y de ahí también que él esté al lado de esa juventud que se congrega diariamente en su hogar madrileño, donde se halla asistido por Francisca Sánchez, su musa campesina. En esos días, con ocasión del estreno, por la compañía Guerrero-Mendoza, de Cyrano de Bergerac, de Rostand, escribe los espléndidos versos de su Cyrano en España -los primeros que ha escrito o por lo menos publicado desde llegada a Madrid-, que comienzan:

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.

Pues bien: también Rubén Darío está en su casa.

Lo saca de ella un cable de La Nación. De acuerdo con lo que en él le dicen, debe trasladarse inmediatamente a París, para asistir a la inauguración de la Exposición que se prepara en la capital de Francia, y que ha despertado universal curiosidad. El interés del gran diario argentino por enviar a Darío para que éste informe a sus lectores de aquel acontecimiento que dejará memoria de 1900 en todo el mundo, revela el triunfo obtenido por el poeta en la misión periodística que le habían encomendado en España. Si a la hora de su marcha de Buenos Aires pudo sentirse -y con razón- disminuido en la opinión ajena, su talla ha ido elevándose a medida que aparecían en La Nación sus correspondencias, hasta adquirir contornos gigantescos con el artículo dedicado a Castelar, con motivo de la muerte del insigne tribuno. De este modo, su personalidad se afirma a través de su labor periodística, que en ocasiones alcanza alto nivel literario, y que él procurará mantener con su aplicación al estudio de los temas que trata y su cuidado por dar a su prosa una brillantez que no desmerezca de la de sus versos.